PRÓLOGO AL LIBRO CUARTO DE LA CONQUISTA DE MEXICO

N EL AÑO DE EL NACIMIENTO de nuestro señor Jesucristo de mil quinientos y diez y nueve, gobernando su iglesia en el summo pontificado de Roma el papa León Décimo y siendo monarca de los príncipes cristianos el muy católico emperador don Carlos Quinto de este nombre, felicísimo rey de las Españas, desembarcó en esta tierra de Anahuac el famosísimo y no menos venturoso capitán Fernando Cortés (que después fue meritísimo marqués del Valle) con los pocos españoles que traía (como se verá en el discurso de este libro). Y entrando la tierra adentro la sujetó, parte con aviso de su buena prudencia y persuación, atrayendo a unos de paz, mediante la lengua de la india Marina u Malintzin y Gerónimo de Aguilar, y parte compeliendo a otros por fuerza de armas; ayudándose para esto principalmente de la amistad de los señores de la poderosa provincia de Tlaxcallan, enemiga capital entonces y competidora del imperio mexicano, con cuyo favor (después del de Dios) y con el de otros amigos indios, al cabo de muchos trabajos y guerras, vino a ganar segunda vez, de todo punto, la gran ciudad de Mexico, cabeza de todo el imperio mexicano, año de mil quinientos y veinte y uno, día de los santos mártires Hipólito y Casiano, que es a trece del mes de agosto, como todo esto bien largamente se verá en este libro.

Pero lo que yo quiero aquí ponderar y encarecer es que parece sin duda haber elegido Dios a este animoso capitán don Fernando Cortés para abrir por industria suya la puerta de esta gran tierra de Anahuac y hacer camino a los predicadores de su evangelio, en este nuevo mundo, donde se restaurase y recompensase a la Iglesia católica en la conversión de las muchas ánimas que por este medio se convirtieron; la pérdida y daño grande que el maldito Lutero (como en otra parte decimos) había de causar en la misma sazón y tiempo en la antigua cristiandad; de suerte que lo que por una parte se perdía, se cobrase por otra en más u menos número, según la cuenta de Dios, que sabe con verdad infalible cuántos son los predestinados; y así no carece de misterio que el mismo año que Lutero nació, en Islebio, villa de Sajonia, naciese Fernando Cortés en Medellín, villa de España, en Extremadura. Aquel maldito hereje, para turbar el mundo y meter debajo de la bandera del demonio a muchos de los fieles que de padres y abuelos y muchos tiempos atrás eran católicos; y este cristiano capitán para traer al gremio de la Iglesia católica romana infinita multitud de gentes, que

por años sin cuento habían estado debajo de el poder de Satanás, envueltos en vicios y pecados y ciegos con la maldad de la idolatría Y así también en un mismo tiempo que fue (como queda dicho) cerca de el año de diez y nueve comenzó aquella bestia fiera de Lutero a corromper la verdad del evangelio entre los que lo conocían y tenían tan de atrás recibido; y Cortés a publicarlo, fiel y sinceramente a estas gentes que nunca de él habían tenido noticia (como en su lugar se dice). En confirmación de esto decimos, según que por sus pinturas ha parecido, que el año en que Cortés nació, que fue el de mil cuatrocientos y ochenta y cinco, se hizo en esta ciudad de Mexico una solemnísima fiesta, en la dedicación del templo mayor de los ídolos que a la sazón se había acabado, en la cual se sacrificaron los cautivos que decimos, tratando de ella en otra parte; aunque según otros, afirman fueron ochenta mil y cuatrocientos los muertos y sacrificados. Donde debemos advertir que el clamor de tanta sangre humana derramada en injuria de su criador sería bastante (cuando otras cosas muchas que había para mover a Dios al remedio de estas culpas no las hubiera) para que dijese, como dijo de los israelitas en otro tiempo: Vi la aflicción de este miserable pueblo; y también para enviar en su nombre, quien tanto mal remediara, como otro Moysen en Egypto, y que Cortés naciese en aquel mismo año (y por ventura en aquel mismo día de tan gran carnicería) fue señal particular y evidencia muy manifiesta de su singular elección.

Al propósito de esta similitud que hemos puesto de Cortés con Moysen, no hace poco al caso el haber Dios proveído (y podemos decir que milagrosamente) al capitán Cortés, que era como mudo entre los indios, de intérpretes a su sabor y contento, el cual sin ellos no pudiera buenamente efectuar su intento; así como a Moysen, que era balbuciente y tartamudo y no tenía lengua para hablar a Faraón, ni al pueblo de Israel cuando lo guiase como su caudillo, le dio intérprete con quien hablase a Faraón y al pueblo todo lo que quisiese. Los intérpretes de Cortés fueron la india Marina, natural mexicana, que halló en la costa de Yucatán, la cual, por haber estado cautiva en Potonchan, sabía bien la lengua de sus naturales y no estaba olvidada de la suya materna, y Gerónimo de Aguilar, español (ordenado de evangelio), que en el mismo Potonchan estuvo también cautivo. Y el cobrar a éste, se puede atribuir a muy gran milagro (como veremos en este libro) y por particular provisión divina.

No menos se confirma esta divina elección de Cortés para obra tan alta en el ánimo y extraña determinación que Dios puso en su corazón para barrenar los navíos y quedarse en tierra de tantos enemigos sin aspirar a remedio humano; porque en la tierra no le tenía, habiéndolos echado a fondo y quedaba muy expuesto a todo riesgo y peligro; y también para entrar la tierra adentro con tan poco número de españoles, entre tantos infieles cosarios enemigos y tan ejercitados en continuas guerras que entre sí tenían, privándose totalmente de la guarida y refugio que pudieran tener en los navíos si se vieran en aprieto y necesidad; lo cual en toda ley y razón humana era hecho temerario y no cabía en la prudencia de Cortés, ni es posible que lo hiciera si Dios no lo pusiera muy arraigadamente en su corazón

(aunque él no lo entendía) que iba a cosa cierta y hecha por particular mano de Dios (que era el autor principal de esta conquista), lo cual acometió este excelentísimo capitán con grandísimo ánimo, como Moysen que fue sin temor a la presencia de Faraón. Pues hallar tras este atrevimiento (que parecía grandísimo desatino) tan buen aparejo para irse apoderando en la tierra, como fue dársele por amigos los de Cempoala y Quimichtla, los de Tlaxcalla y Huexontzinco, sin cuyo favor era imposible naturalmente sustentarse a sí y a los suyos, cuanto y más ganar a Mexico y las otras provincias que puso a la obediencia de los reyes de Castilla. ¿Pues a qué se puede atribuir esto sino a la disposición y traza de el muy Alto? Y esta misma (sin falta) lo libró y guardó para este fin en muchos y muy grandes peligros y dificultades en que se vido, como se colige de su historia; y verdaderamente que para conocer muy a la clara que Dios misteriosamente eligió a Cortés para este negocio, basta el haber mostrado siempre tan buen celo como tuvo de la honra y servicio de ese mismo Dios y salvación de las almas y que esto se pretendiese principalmente y fuese lo que llevaba por delante en esta empresa; vese claro porque cuando salió de la isla de Cuba para acometerla, en todas las banderas de sus navíos puso una cruz colorada con una letra que decía: *Amici sequamur crucem; si enim fidem habuerimus, in hoc signo vincemus.* Que quiere decir: amigos sigamos la cruz, porque si tuviéremos fe en esta seña venceremos. En ninguna parte ni pueblo de indios infieles entró, que como él pudiese no derrocase los ídolos y vedase el sacrificio hecho de hombres y levantase cruces y predicase la fe y doctrina de un solo Dios verdadero y de su unigénito hijo nuestro señor Jesucristo (cosa que no todos los victoriosos capitanes, ni todos los príncipes a cuyo poder vienen las tales presas suelen tomar tan a pechos). Pues el cuidado que tuvo en procurar ministros, cuales convenía para la conversión de estas gentes y el crédito, autoridad y favor que a estos dio, para que las cosas de Dios fuesen de los indios recibidas con mucha reverencia; en muchas partes de esta larga historia se dice, porque el intento principal de esta escritura me obliga a hacer de este singular punto particular mención.

Bien me consta que algunos en sus escritos (y aun personas graves) han condenado a Cortés y por excesos particulares lo han llamado a boca llena tirano; mas yo que he tratado y trasegado todas estas cosas, para haberlas de escribir digo que de aquellos mismos excesos, confesándolos por tales, no puedo dejar de excusarlo. Si bien lo consideramos, ¿que podía remediar un hombre que entre tanta multitud de enemigos, unos ocultos y otros descubiertos (porque del amigo infiel no había que fiar), se veía con tan pocos compañeros y de estos mismos cristianos españoles u castellanos muchos, muchas veces, se le amotinaban y se hallaba tan necesitado de ellos y a lo que podemos imaginar, tan codiciosos de oro y plata y muchos de ellos olvidados del bien y aprovechamiento del prójimo? ¿Qué podía remediar (como digo) si a veces el uno robaba, el otro hacía fuerza, el otro aporreaba, sin que él se lo estorbase? Y aunque él mismo pronunciase la sentencia de muerte en causa no justificada diciendo: ahorquen a tal indio,

quemen a estotro, den tormento a fulano (porque en dos momentos le traían hecha la información) que era un traidor fementido y quebrantador de la palabra y fe que tenía jurada y que hizo matar españoles, como adelante parecerá en este libro, que conspiró, que amotinó, que intentó, y otras cosas semejantes; que aunque él muchas veces sintiese que no iban muy justificadas, había de condecender con la compañía y con los amigos, porque no se le hiciesen enemigos y lo dejasen solo. No quiero aquí litigar si en conciencia debía de hacerlas, si él conocía no ser hacederas en ley de Jesucristo, que es la que profesaba y cuyo estandarte seguía, que esto está muy claro; pues dice el apóstol que no deben hacerse cosas malas aunque de ellas se hayan de seguir otras buenas. Pero en prudencia humana digo que caían todas ellas para salir con su intento y para no perderse viéndose ya puesto en la ocasión él y los suyos. Y en comprobación de que movido de pura fuerza y necesidad hizo algunas cosas que sin ella no hiciera, está en su abono lo que el mismo Cortés, en el fin de la tercera relación, escribió al emperador don Carlos Quinto, después que ganó a Mexico, el cual en ella confiesa que los indios naturales de esta Nueva España eran de tanto entendimiento y razón cuanto a uno medianamente basta para ser capaz; y que a esta causa le parecía cosa grave compelerlos a que sirviesen a los españoles como se había hecho con los indios de las islas. Pero en fin dice que por la mucha importunación de los españoles y por otras razones que allí pone, no pudiéndolo excusar, le fue casi forzoso depositar y forzar los señores y naturales de estas partes, para que sustentasen y sirviesen a los españoles hasta que otra cosa su majestad del emperador mandase. Y pues en negocio tan arduo y tan general confiesa haber hecho contra el propio dictamen, ¿qué sería en otros particulares, y no de tanto momento y peso? Finalmente cuando no excusemos al marqués don Fernando Cortés en todo, al menos en mucho está excusado por no poder más y por ser cosas forzosas las que hizo para conseguir su intento y la conquista de estos tan señalados y ampliadísimos reinos, los cuales fueron rendidos por fuerza de armas y por los medios que en el presente libro se ponen y dicen.

Comienza (pues) este libro cuarto desde el nacimiento de Cortés y acaba en la conquista de Mexico, con cuya sujeción se hizo señor de esta Nueva España; porque aunque es verdad que el reino de Tetzcuco era igual a él y era señorío distinto, con todo eso tuvo poco que hacer en conquistarlo; porque como el rey Nezahualpilli (que era muy poderoso y estimado en toda la tierra) era difunto y sus hijos, en el nombramiento de sucesor, se habían dividido en pareceres y Cacama, que es al que le venía y lo era, lo habían muerto los españoles en Mexico, no tenía quién con veras lo defendiese y así con facilidad lo redujo con el favor de un hermano del dicho rey Cacama, difunto, llamado Ixtlilxuchitl, que se hizo de la parte de Cortés y recibió luego el bautismo; de manera que con ganar a Mexico quedó Fernando Cortés apoderado de todo el imperio; y en aquel estado dejo las cosas de la conquista de estas Indias, remitiéndome, en las demás que fueron sucediendo hasta pacificar de todo punto la tierra, a lo que Francisco López de Gómara y Antonio de Herrera dicen en sus historias; por-

que ni yo las he averiguado ni tampoco ha sido mi intento, en estos libros, escribirlas; y las que escribo, hasta llegar a la conquista de Mexico, las digo por la razón de que muchas de ellas u no las advirtieron estos dos dichos historiadores u si las advirtieron no las dijeron por razones que tuvieron para callarlas. Y también me moví a escribirlas, porque como es monarquía de estas gentes indianas, esta que escribo, era fuerza, habiendo comenzado a tratar de ellos desde el más cierto origen que hemos podido averiguar de sus antigüedades, decir también el fin que tuvieron; el cual se declara con referir lo que hubo desde que Cortés entró en la tierra, hasta que se hizo señor de Mexico, de cuya ciudad apoderado y muerto su rey, con los de Tetzcuco y Tlacupa, le fue fácil rendir todo lo demás que restaba de toda la tierra, así por el grande miedo que todos le cobraron, como por ser gentes que ya no tenían reyes a cuyo amparo pudiesen defenderse del poder grande con que los españoles los combatían, ayudados de los otros sus confederados y amigos que se le habían juntado. Y el rey muerto (como Tito Livio) huyen los soldados. Por estas razones dichas, verás, hermano lector, cómo el motivo que tuve para escribir este solo libro de conquista no fue otro más que dar noticia cierta y clara de lo que Cortés y los suyos hicieron hasta ganar a Mexico, en prosecución del monárquico imperio que he ido deduciendo en los libros pasados, con que gobernaron y rigieron estas gentes sus reinos, hasta que por los nuestros fueron desbaratados, de los cuales pasaron a nuestros reyes de Castilla (que los gocen por muchos años y los que vienen a gobernarlos en su nombre los conservan relevando el pesado yugo que carga sobre los pocos miserables que han quedado). Dios lo ordene como más se sirva y salve a los que por su santa misericordia fue servido de traer a su santo conocimiento, amén.